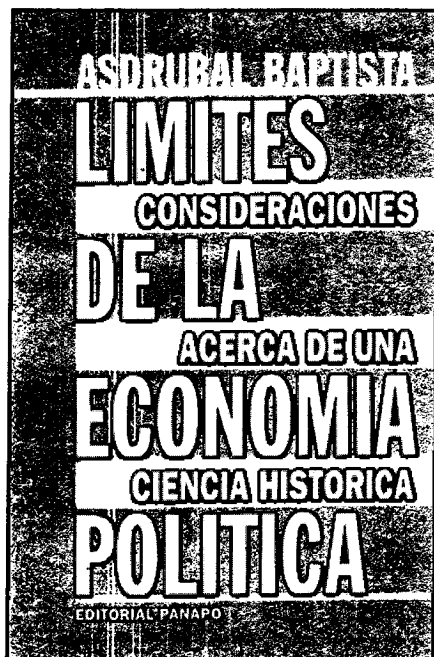


ECONOMÍA Y TIEMPO HISTÓRICO



BAPTISTA Asdrúbal, *Límites de la Economía Política. Consideraciones acerca de una Ciencia Histórica*. Ed. Panapo. Caracas, 1996, 623 pp.

«La Economía Política es una inmensa pretensión de los tiempos modernos. Y tanto lo es, que le sirve de horizonte.» Así comienza el nuevo libro recién bautizado en Caracas de Asdrúbal Baptista, reconocido investigador del IESA. A quienes le identifiquen principalmente por sus ideas sobre las salidas estructurales para la crisis nacional, o por sus investigaciones sobre los indicadores históricos de la economía venezolana, no dejará de sorprenderles agradablemente que el profesor Baptista nos presente un texto de gran densidad teórica acerca de los fundamentos de la ciencia que ejerce. Sin embargo, no es su primer trabajo en esta línea. Por sólo recordar algunos de sus aportes anteriores, habría que citar sin falta *El Sistema Intelectual de Adam Smith. Ciencia e Historia*, o la edición castellana de los escritos económicos de Turgot.

Límites de la Economía Política enuncia un propósito ambicioso: descubrir el alcance del conocimiento en una ciencia social que, con sus afirmaciones acerca del orden de lo humano y su devenir, se constituyó en ciencia histórica y pretendió haber encontrado los resortes por los que conducir a los hombres a la felicidad. ¿Correspondía tal pretensión a las posibilidades reales de esta ciencia, tal como históricamente se constituyó ella misma? ¿O más bien había límites epistemológicos insuperables en su mismo planteamiento, que habrían de imposibilitar la intelección pretendida de la vida en sociedad?

No escapará al lector la importancia de la cuestión planteada, cuando en torno a nosotros rebrotan los dogmáticos del libre mercado como hongos a la primera humedad, rompiendo el precario equilibrio entre producción eficiente y distribución razonablemente equitativa que algunos países lograron alcanzar sólo hacia mediados de este siglo (y muchos otros, entre ellos el nuestro, nunca alcanzaron). Aunque la fase que podemos llamar «clásica» de la Economía Política pueda darse por cerrada con Marx, sus rasgos epistemológicos básicos se

proyectan más allá de Alfred Marshall e invaden la Teoría Económica posterior. Cuando von Hayek construye su discurso neoliberal radical, las citas de Adam Smith le proporcionan el andamiaje teórico que precisa para proponernos hoy al sistema de los precios como mecanismo óptimo de regulación económica que no debe ser interferido por la conciencia humana, mientras que el análisis crítico de los términos según David Hume le da base para declarar vacío el concepto de justicia social. Por tanto, volver a las raíces de la ciencia que quedó establecida con Smith, Ricardo y Marx, no será nunca un ejercicio de mera curiosidad intelectual o de sola erudición académica. Se discute aquí uno de los temas centrales de nuestro tiempo.

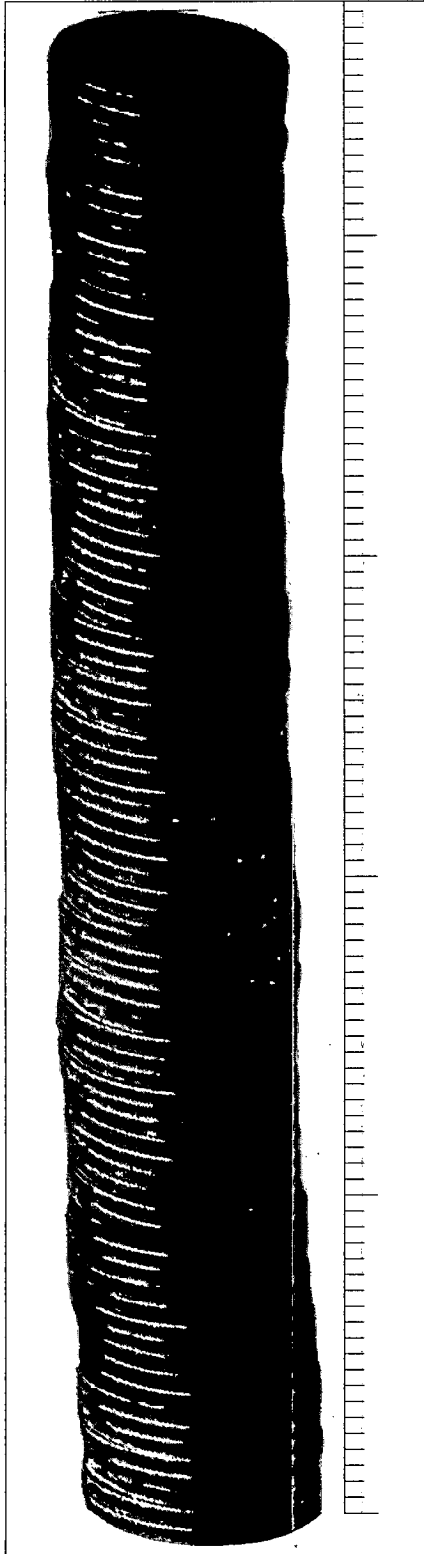
Asdrúbal Baptista lo hace de la manera más rigurosa, examinando paso a paso la constitución teórica de la Economía Política tal como ocurrió históricamente. Para ello ha de remontarse al descubrimiento de lo económico en Aristóteles, en quien ya se hallan dos propuestas metodológicas de importancia fundamental para el enfoque de estos temas en los siglos por venir: analizar descomponiendo el objeto de estudio en sus elementos más simples, y conocerlo en su origen y desarrollo. Ciencia analítica y ciencia histórica inseparables; así nació la consideración de lo económico cuando apenas constituía más que unos breves capítulos de la *Ética* o de la *Política* del genial griego. Más tarde ambos aspectos del conocimiento sobre lo social se divorciarían, con graves consecuencias para la constitución de la Economía. También lo harían la descripción de lo que hoy llamaríamos fenómenos sociales de aquella otra de las finalidades humanas, que da sustento a la pretensión de la justicia como virtud propia de los intercambios, pretensión sostenida por el Filósofo y desarrollada con gran despliegue intelectual por los escolásticos durante la Edad Media y el Renacimiento. Aparecen ya entonces las ideas, que habrán de conocer una larga historia, de «lo que del intercambio *naturalmente* se

Al admitir al número (el dinero) como manera de determinar los fenómenos económicos, se escapa entre los dedos el ser mismo de lo histórico, cualitativo e intencional

espera» en términos de bien para los hombres, y de conmensurabilidad entre lo que se da y lo que se entrega en contrato, núcleo de una teoría del valor.

La otra raíz primigenia de la Economía Política, lo que se ha dado en llamar el mercantilismo, recibe también cumplida atención en el libro que comentamos. Vemos aquí surgir la cuestión, central para la ciencia clásica, de cómo incrementar la riqueza de las naciones, y los primeros balbuceos de respuesta a lo largo de los siglos XVI al XVII, con su confusión entre riqueza y dinero que tanto determinó la política de los Estados nacionales emergentes. La ciencia que nace lo hará ya, como denunció más tarde Adam Smith, bajo el signo de los intereses de grupos económicos que aplicaron gran esfuerzo intelectual a presentar su enriquecimiento como vía de prosperidad para el común de la sociedad. Una crítica la de Smith que habrá de encontrar su eco más cualificado cuando el Marx joven la vuelve a aplicar, ahora a la sociedad comercial propuesta por los liberales no sólo como hecho sino como *desideratum*.

Uno de los desarrollos más extensos y fértiles del texto lo realiza Asdrúbal Baptista en torno al concepto de orden natural. Nos presenta en el capítulo 4 cómo la idea de una ley natural, que durante la Edad Media se había asociado a la voluntad creadora de Dios, se seculariza en el contexto del surgimiento de los Estados Nacionales y de la Reforma en Europa, ensanchándose a la vez para legitimar dentro de sí la propiedad privada como derecho subjetivo natural del hombre a la posesión del fruto de su trabajo. Al mismo tiempo se hace preciso apoyar en una convención más o menos explícita la posibilidad de apropiación de bienes como la tierra, que no son fruto del trabajo. En la propiedad privada vendrán a quererse hacer confluir la naturaleza racionalmente conocida y la ley civil, la segunda justificada en la primera. El terreno está listo para la concepción del orden de los intercambios como un orden natural.



Así se hará desde los primeros escritos dieciochescos de la naciente Economía Política. Y si la ciencia que se está constituyendo trata de conocer un orden natural, será preciso examinar qué concepto de conocimiento y qué concepto de naturaleza subyacen, y cómo la idea de un orden cognoscible los vincula. Esto hace el autor moviéndose con fluidez por la historia del pensamiento desde Aristóteles a Kant, notando continuidades y rupturas. Al fin, en la influencia intelectual de Newton se encontrará una clave decisiva, el paradigma científico inspirador de Adam Smith: una ciencia matematizada del orden natural, ciencia que supone la homogeneidad del tiempo, construida sobre muy contados principios a los que reduce con pocas leyes comunes los fenómenos más disímiles, con la Providencia divina como clave de la bóveda...

Una vez identificados los elementos fundamentales, se trata de ver cómo esta inspiración, que obviamente no es sólo la de Newton sino la de todos aquellos que a su vez influyeron sobre Newton, se concreta en la determinación del ámbito de la Economía Política primero, y en los grandes temas de la etapa clásica después. Resulta del todo imposible intentar aquí siquiera una primera aproximación a la riqueza contenida en las trescientas páginas con las que el profesor Baptista nos sumerge en el pensamiento de los padres de la nueva ciencia social. Petty, Mandeville, Cantillon, Quesnay y otros fisiócratas, Turgot, y luego Adam Smith, Bentham, Say, Ricardo, Senior, Stuart Mill, Jones... son estudiados en sus contribuciones a la constitución arquitectónica de la Economía Política.

Esta arquitectura nunca será, sin embargo, teóricamente estable. Algo falta: la concepción de lo humano como resultado de la historia, que exige abandonar la idea de que lo propio de la vida del hombre en sociedad venga dado por una naturaleza fijada para siempre. La centralidad que Adam Smith concede al trabajo como fuente del valor, y sus desarrollos sobre la aparición histórica de

**Se trata de un libro de
imprescindible lectura para
estudiosos de las ciencias
sociales, la filosofía y la
historia del pensamiento, que
ayudará también al lector
ilustrado promedio a entender
las complejidades de la
sociedad económica en que
vivimos y de sus saberes**

la sociedad comercial, muestran cómo tal tensión se halla en la Economía Política desde sus mismos orígenes, constituyéndola en una ciencia histórica. Pero esa constitución no ocurre de manera pacífica, sino siempre llevando adentro de sí el conflicto entre la pretensión de haber encontrado en la naturaleza humana la clave para la comprensión de la vida social, y el hecho de que el objeto que se quiere comprender se muestra como histórico, haciéndose desde sus mismos fundamentos en el decurso del tiempo.

Esta tensión es presentada por Asdrúbal Baptista en cada uno de los grandes temas de la economía clásica, tal como se manifiesta en los autores más relevantes. El conflicto interno viene a ser resuelto en la obra de Marx, quien no sólo considerará como un producto histórico a los sucesivos regímenes predominantes de acumulación de capital y a los modos de producción que les corresponden, sino también al *homo oeconomicus* y a la ciencia misma que pretende describir la sociedad a partir de ese módulo de hombre. De nuevo, resulta imposible comentar en detalle la rigurosa lectura que hace el autor de la crítica marxiana a la economía política precedente.

El resultado de este recorrido queda sintetizado en los dos últimos capítulos del libro. Si, como la crítica de Marx puso de manifiesto, el conocimiento económico resulta de necesidad histórico, entonces «no sólo su objeto participa de una esencialidad histórica, sino... que el método de postularlo requiere de por sí de la dimensión histórica» (p. 574). Y con decir histórico se está diciendo no sólo relación del hombre con la naturaleza y autoconciencia individual, sino ineludiblemente relación con el otro, encuentro de autoconciencias conducido por intencionalidades, dirigido hacia fines. De ninguna otra manera será posible comprender la actividad económica.

He aquí el límite que se buscaba a la Economía Política: la dificultad para reconstruir el curso histórico que envuelve a lo económico, para discernir su dinámica interior, si esta ciencia antes for-

muló su teórica bajo el deslumbramiento del éxito newtoniano en el terreno de las ciencias naturales. El último capítulo del libro condensa de manera precisa la conclusión: al admitir al número (el dinero) como manera de determinar los fenómenos económicos, se escapa entre los dedos el ser mismo de lo histórico, cualitativo e intencional. Junto con ello, se falsea la constitución misma del tiempo de los hombres, al pretender homogeneizarlo para reducirlo también a número, decurso lineal donde un estado de cosas produce al siguiente. No resistimos la tentación de transcribir completo un párrafo del profesor Baptista:

“Las acciones de los hombres, por estar cargadas de propósitos y finalidades, o porque al fin y al cabo son expresión fiel de lo que se cree que es posible alcanzar, tienen una dimensión temporal donde hay una evidente preeminencia de aquello que se espera como resulta de la acción por emprender. De manera decisiva, así, el futuro determina el presente. Pero ese futuro, esas posibilidades, ese margen para la acción, a su vez, y en un sentido primordial, no son menos expresión de lo que se ha sido, o también, no son menos activa consecuencia del pasado que por vía del presente adquiere significación” (p. 594).

Un ir y venir de influencias y determinaciones, esto es el tiempo histórico. Por eso debe asentirse a la conclusión de Asdrúbal Baptista: “La Ciencia Histórica de la Economía Política revela sus límites cuando se hace patente que su pretensión de homogeneizar la práctica de la sociedad comercial, a la usanza de la mejor ciencia, se derrota en la esencial multidimensionalidad de su objeto” (p. 595).

Un último comentario. Como nos gustaría que haya podido observarse a lo largo de la reseña, no es la menor de las

virtudes del libro de Asdrúbal Baptista la rigurosa historicidad con que recorre el proceso de formación de la Economía Política, entendiendo a cada autor desde las ideas y las realidades de su tiempo. Con ello, el conjunto del libro traza la figura de los límites *intrínsecos* de la ciencia estudiada. Su final, sin embargo, nos sugiere personalmente una cuestión diferente a la que guía el estudio del profesor Baptista: ¿y si el *fluir* y *refluir* de influencias y determinaciones en que consiste el tiempo histórico viniera inevitablemente quebrado por la indeterminación que la libertad humana introduce, de manera que la mejor ciencia posible de la Economía Política fuera una hermenéutica, una ciencia interpretativa de las intenciones y elecciones libres de las personas? Si este fuera el caso, entonces la ética se encontraría en el corazón de la Economía Política no sólo como condición de posibilidad de la pervivencia del sistema de los intercambios, sino también como condición de inteligibilidad de las realidades económicas. Pero seguir esta idea, que fue desechada del pensamiento económico cuando alboreaba la modernidad, requeriría salir del ámbito de la Economía Política tal como realmente se formó en el proceso por el que nos conduce en su libro con pulso de maestro Asdrúbal Baptista.

Mucho más de lo que hemos podido reseñar aquí se encuentra en el texto que comentamos: infinidad de ideas ordenadas al propósito de mostrar la estructuración teórica de la Economía Política, que sugieren rutas intelectuales hacia los más diversos horizontes. En suma, se trata de un libro de imprescindible lectura para estudiosos de las ciencias sociales, la filosofía y la historia del pensamiento, que ayudará también al lector ilustrado promedio a entender las complejidades de la sociedad económica en que vivimos y de sus saberes.